

ble don Karl, en una época en la que padre e hijo habían atenuado sus pésimas relaciones³¹.

¿Por qué se deshizo la pareja de Carmen y Roberto? La carta de Roberto a Lila más arriba citada, contiene un auténtico catálogo de agravios conyugales: «de cariño no sabe esa mujer», «tiene un corazón de piedra», «es dura, parece tan fría que en los momentos más álgidos no pierde nunca la calma y combina algo para dañar o herir», «nuestra madre una egoísta, nuestro padre un egoísta, qué querés», «qué decirte de la casa Antinucci, la casa Arlt y la casa Antinucci han sido las peores que me ha sido dado conocer en mi vida», y así continúa interminablemente; el mismo Arlt se da cuenta de que está enhebrando una letanía y se disculpa ante Lila: «necesito desahogarme». Luego relata a la hermana que «he llorado hasta por las calles al pensar en el desastre que era mi vida cuando todos los acontecimientos exteriores sólo debían proporcionarme felicidad, orgullo, alegría. Soy el mejor escritor de mi generación y el más desgraciado».

A pesar de todo, en 1933, cuando se publica *El jorobadito*, Arlt estampa la siguiente dedicatoria: «A mi esposa Carmen Antinucci. Me hubiera gustado ofrecerte una novela amable como una nube sonrosada, pero quizá nunca escribiré obra semejante. De allí que te dedique este libro, trabajado por calles oscuras y parajes taciturnos, en contacto con gente terrestre, triste y somnolienta. Te ruego lo recibas como una prueba del gran amor que te tengo. No repares en sus palabras duras. Los seres humanos son más parecidos a monstruos chapoteando en las tinieblas que a los luminosos ángeles de las historias antiguas. Por eso no encontrarás aquí doradas palabras mentirosas, ni verás asomar el pie de plata de la felicidad, pero tú, que eres comprensiva y tan amiga mía, recíbelo como recibiste mis otros libros, escritos bajo tu mirada pensativa. Tu agrado será mi mejor premio»³².

La hija de Roberto y Carmen, inscrita como Electra Mirta, nació en 1923 en Cosquín. Durante algunos años vive con sus padres en Buenos Aires; durante otros tantos, lo hace en Córdoba, o en Cosquín, capital nacional de los enfermos tuberculosos. A los quince años se escapa de casa con un capitán de aviación. Arlt recurre a Raúl Alejandro Apold, quien luego sería el zar de las comunicaciones durante la época de Perón, y que hacia fines de la década del treinta era un ambicioso periodista de *El Mundo*: debido a sus funciones como cronista en la Casa de Gobierno, Apold tenía muchos vínculos oficiales. Arlt le pide apoyo para que los superiores fuercen al oficial seductor a contraer matrimonio con su hija, lo

³¹ Arlt Mirta y Borré Omar: ob. cit.

³² Roberto Arlt: *El jorobadito*, Editorial Librerías Anaconda, Buenos Aires, 1933.

que sucede. Según González Lanuza, Arlt, «en insuperable prueba de amor paternal, alquila un jacquet y se embute en él para participar de la ceremonia. El supremo sacrificio no se ve compensado por la escasa duración de la pareja»³³.

Cuando la entrevisté en 1999 Elizabeth, a pesar de la agria enemistad que la separa de Mirta, reconoció que Roberto adoraba a su hija con locura. Cuando venía a Buenos Aires, Mirta visitaba a su padre en las pensiones en las que Elizabeth y Roberto vivieron durante los tres años de su relación. Lo hacía por las mañanas, cuando Elizabeth se iba para su trabajo en Haynes. En una carta, Roberto explica a su hija su propia relación con Elizabeth como un amigo lo haría con una amiga: «Elizabeth y yo, como siempre, lágrimas y sonrisas, besos y patadas. Como de costumbre, somos la piedra del escándalo de las honradas pensiones. Es el amor»³⁴.

Hacia 1941, la situación afectiva de Arlt era la siguiente: estaba roto su vínculo con Carmen, tan enferma que moriría en algún momento de ese año; su madre ya anciana, de la que era el único sostén, le pronosticaba lúgubres futuros y le formulaba admoniciones religiosas; su hija adolescente se había fugado con un hombre mucho mayor, se había casado de apuro, para luego separarse antes de cumplir los 20 años; Arlt estaba enamorado de Elizabeth pero el vínculo era conflictivo y además, clandestino por la presión de los comunes patrones de ambos; su querida hermana Lila había muerto joven.

A fines de 1940 Roberto Arlt, que ya había hecho otros viajes como enviado especial de *El Mundo* (a España, Marruecos, Uruguay, Brasil, la Patagonia) recibe de Carlos Muzzio Sáenz Peña, su director, el encargo de iniciar una larga gira por América, hasta México. El viaje se inaugura en Chile donde Arlt se halla en diciembre de 1940. Durante ese mes y enero de 1941 el diario publica tres artículos del enviado en los que se analiza la situación económica y social del país andino, gobernado por el Frente Popular que integraban socialistas, comunistas y radicales.

Arlt suspende con este viaje un momento complicado de su vida. ¿Qué hace en Chile? ¿Qué significa ese viaje para él? Según Elizabeth, Arlt convenció a Muzzio para que lo enviara a ese periplo americano. «Se había peleado conmigo y quería irse... Cuando se fue, ya nos habíamos amigado, aunque nos volvimos a pelear por carta». De este tiempo, según el relato que Elizabeth hizo a Urondo, data el episodio de las cartas: «Un día voy a

³³ *Sobre la intervención de Apold en el episodio, cfme: Calki, El mundo era una fiesta, Corregidor, Buenos Aires, 1977. Corroborado en la conversación de Elizabeth Shine con el autor.*

³⁴ *Borré: ob. cit.*

trabajar y me encuentro con una serie de sobres escritos con su letra y dirigidos a distintos amigos de la redacción. Todavía era temprano, no había llegado nadie y me apropié de ellos y los abrí: decía cosas espantosas de mí, incluso intimidaciones. Hice desaparecer las cartas y al rato me avisaron que tenía una llamada de larga distancia: era él desde Chile que me decía arrepentido: ‘hice una gran macana, les mandé unas cartas a esos piojosos, sacáselas que no las vayan a leer’. Después me pidió que fuera a pasar unos días con él»³⁵.

A fines de ese 1940, Volodia Teitelboim encuentra a Arlt en Santiago: «Llegó una tarde a la redacción del diario *El Siglo*, en Moneda esquina Mac Iver, en busca de un antiguo conocido, Raúl González Tuñón». El poeta de *La rosa blindada* estaba radicado en el país andino. Con la ayuda de Raúl y de Volodia, Arlt consiguió que la editorial Zig Zag le publicase, en 1941, su libro de cuentos *El criador de gorilas*.

Según Teitelboim, Arlt «trataba de escapar no de la policía sino del amor. Un amor que siguió enloqueciéndolo a este lado del monte. Entre lágrimas me hablaba del amor como cadenas que uno lleva dentro...».

Último día de 1940. Volodia va a despachar una carta urgente al Correo Central de Santiago. Atraviesa la Plaza de Armas, solitaria y lunar bajo la mole de la Catedral. En un banco, un hombre solloza. Lleva un sombrero calañés, no parece un pordiosero ni un vagabundo. Volodia se acerca. «Era Roberto Arlt. Me senté junto a él, con ganas de consolarlo. Allí me murmuró aquella frase sobre las cadenas del amor que al tratar de romperlas despedazan al hombre por dentro. Era un llanto incontenible»³⁶. Han pasado sesenta años y Volodia, que en 1940 era un joven dirigente comunista, y hoy es un consagrado escritor sin edad, cronista de la memoria propia y ajena, de su tumultuosa vida y de todo lo que haya pasado en Chile, por ejemplo, las vidas de Neruda, de Huidobro y de Gabriela Mistral, Borges condecorado por Pinochet, o Arlt llorando en la Plaza de Armas, agrega otro detalle que ha quedado clavado en su memoria tan larga y fina como la loca geografía chilena: «Cada vez que iba a la cárcel a ver a los compañeros, Arlt quería venir conmigo, le gustaba visitar encarcelados y me contaba de sus visitas a la Penitenciaría de Las Heras, donde había visto cómo fusilaban a Severino Di Giovanni»³⁷.

«Yo, bien –le escribe Arlt a Vecha–, trabajo mucho y estudiando más, pues nada conocía y me imaginaba de un país como ese. Está a un paso de la Argentina y por su abandono y miseria, y decadencia, es peor que África

³⁵ *Urondo*: ob. cit.

³⁶ *Teitelboim, Volodia*: Los dos Borges, Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 1997.

³⁷ *Conversación del autor con V. Teitelboim en Santiago, noviembre de 1998*.